

Don César que los esperaba, como siempre, triste y silencioso.

—¿Qué habeis adelantado?—les preguntó.

—Nada—contestó Martin.

—Nada—replicó Teodoro.

—¿Ni esperanza?

—Ni esperanza.

—Yo he sido menos desgraciado que vosotros.

—Contadnos.

—No es posible aún; tengo un plan con el que espero rescatar muy pronto á esa jóven.

—¿Podeis comunicárnoslo?

—Ese es mi secreto.

—¿Y entretanto?

—Buscad vosotros por vuestro lado y yo por el mio; así es mejor.

—Como vos dispongais.

CUANDO Martin y Teodoro salieron en busca de Esperanza, Don César tomó una capa y su sombrero, y se dirigió á rondar la casa de Don Pedro de Mejía.

Era indudable para él que aquella casa era el centro de todas las intrigas y de todas las maquinaciones; allí debia haber álguien de entre los criados que conociera la historia de Doña Esperanza y que supiera lo que habia sido de ella. Allí era donde Don César estaba seguro de averiguar la verdad.

Comenzó á pasear la calle con disimulo, esperando ver salir algun lacayo que le prestara confianza; la noche iba cerrando, y en una de las puertas de las casas que estaban frente á la de Mejía, le pareció á Don César observar á un hombre que acechaba, recatándose de los transeuntes.

Púsose entonces á examinarle desde lejos, y se convenció de que en efecto aquel hombre esperaba algo.

Como en aquellas circunstancias todo llamaba la atencion de Don César, dejó de observar la casa de Mejía, y no perdió ya de vista al hombre misterioso.

XXVIII.

De lo que habia pasado á Don César.

Largo tiempo estuvo este en espera y Don César en acecho; por fin, de la casa de Don Pedro salió un hombre que observó por todas partes si álguien le esperaba, y alcanzando á mirar al misterioso personaje que habia llamado la atención de Don César, se dirigió hácia donde él estaba.

Pasó á su lado sin decirle ni una sola palabra; pero el hombre le siguió y se encaminaron ambos á una de las calles mas retiradas y mas solas.

Don César conoció á la persona que habia salido de la casa de Mejía; era uno de los lacayos, y entonces no dudó que el que acechaba la casa tenia en ella relaciones ocultas.

Se embozó en su capa, y destacándose contra las paredes y procurando ahogar el ruido de sus pasos, siguió á corta distancia á los dos hombres que se alejaban.

Llegaron los unos seguidos por el otro hasta un callejon triste y solitario, y allí los de adelante se detuvieron y Don César procuró con mucha precaucion acercarse para escuchar la conversacion.

Afortunadamente se creian solos y hablaban en alta voz.

—Mucho hay ahora que contaros—decia el lacayo.

—Como sea mucho y cierto—contestaba el otro, que al parecer era ya viejo—mucho tendré yo que pagar y tú que recibir.

—Pues cierto es todo.

—Habla.

—En primer lugar, teneis que saber que como os he dicho, la viuda Doña Catalina está ya en grandes amores con Don Leonel de Salazar, y aun se murmura entre los criados que puede eso parar en casamiento.

—¿Pero qué hace el Don Alonso?

—Ni dice ni hace nada.

—¿Él no tiene tambien amores con ella?

—No sabemos; pero creo que no, porque de ser así tendria celos, cuando ahora se dice que protege á los amantes.

—¿Y la vieja?

—Debe traer entre manos algun negocio grave, porque hoy en la mañana salió en un coche de los de la casa, y la llevaron hasta cerca de la salida de la ciudad, por el lado de la laguna.

—¿Pero adónde fué?

—No sabemos.

—¿No preguntaste al cochero?

—Sí que le pregunté; pero esta mañana me contestó que le habian dicho en el camino que se detuviera; se bajó del carruaje la vieja y le mandó que se volviera, y que ella siguió á pié; y me cuenta el cochero que ya venia lejos y volvió la cara y todavía la vieja caminaba á pié con Guzman.

—¿Y luego?

—Guzman volvió dos veces á México y habló con Doña Catalina, y volvieron en la tarde á llevar el carruaje, y volvió la vieja con una mujer encubierta.

—¿Pero quién es esa mujer?

—Eso no he podido averiguar.

—¡Imbécil! viviendo en la misma casa.

—Sí señor; pero está tan retirada, que nadie la ha visto ni la conoce.

—¿Qué mas sabes?

—No mas.

—Pues eso no vale nada.

—Señor.....

—Toma, y mañana mismo me das noticia de quién es esa mujer, y dónde está, y todo; ¿lo entiendes? de todo.

—Sí, señor.

El lacayo recibió un puñado de monedas de mano del hombre misterioso.

—Me voy antes de que me extrañen en la casa—dijo.

—Vete—contestó el otro.

—Y sin esperar mas, el lacayo echó á correr.

El hombre que le habia entregado el dinero habia dado algunos pasos, cuando Don César se presentó delante de él.

—Caballero—le dijo—perdonad que os detenga y escuchadme un momento.

—¿Con qué intenciones me deteneis?—dijo el hombre, dando un paso atrás y desnudando el estoque.

—No deben ser malas, cuando veis que no hago uso de mis armas—contestó Don César cruzando sus brazos.

A pesar de que la claridad de la noche no era muy grande, el hombre pudo notar muy bien que Don César le decia la verdad, y esto le calmó un tanto.

—¿Entonces, qué pretendéis?—preguntó.

—Tan solo que me hagais la gracia de hablar conmigo.

—Tengo casa y podiais haber ido á ella.

—Ignoro en dónde está.

—Puedo guiaros.

—Seria mejor hablar aquí.

El hombre miró á Don César con desconfianza.

—¿Por qué?—preguntó.

—Por no perder tiempo.

—Bien; decidme—dijo aquel hombre despues de vacilar un momento.

—Escuchad. Vos vigilais y rondais la casa de Don Pedro.

—¿Y eso qué os importa á vos?

—Ya vereis si me importa.

—Ved que no os doy el derecho de intervenir en mis acciones.

—Ni yo lo deseo; solo que, como vereis, debemos ser aliados.

—¿Aliados?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque vos necesitais saber lo que acontece en la casa de la viuda de Mejía y yo tambien.

—Averiguadlo por vuestro lado.

—Cuidaré de hacerlo; pero esto no impide el que quiera estar de acuerdo con vos.

—Pero yo no os conozco.

—¿Y yo os conozco á vos? Tenemos un negocio semejante, quizá con diverso interés, y nos unimos.

—¿Qué interés teneis?

—Os lo confesaré, para enseñaros á ser franco, y á no desconfiar sin razon; entre Don Alonso de Rivera, la viuda y la vieja, como vos la llamais.....

—¿Y cómo sabeis que la llamo así?

—Ya lo sabreis; entre los tres han logrado robarse á una jóven con el objeto de apoderarse de su herencia; yo busco el medio de encontrar á esa jóven.

—¿Y eso es cierto?

—Como haber Dios.

—En ese caso, yo os ayudo.

—Dios os premiará.

—¿Cómo habeis pensado hacer?

—Sacar á alguno de los tres y obligarle á confesar.

—Es mejor para eso la vieja.

—Lo creo.

—Pues yo lo haré; ¿cómo se llama la jóven robada?

—Doña Esperanza de Carbajal.

—¿La prima de Don Leonel?

—La misma.

—Yo os respondo de todo. ¿Qué parte tendré en la herencia si lo consigo?

—Diez mil duros.

—Está bien.

Los dos permanecieron en silencio por un rato, como no atreviéndose á decir lo que pensaban.

—¿Y bien?—dijo Don César.

—¿Y bien?—repitió el otro.

—Preciso será darnos algunas garantías mutuamente.

—Negocio es este en que no hay mas garantías que las que él mismo arroje de sí; os entrego á Doña Esperanza ó á la vieja y me dais el precio convenido; si no, ni una ni otra van á dar á vuestro poder.

—Conforme, á fe de César de Villaclara, para serviros.

—Conforme á fe de Baltasar de Salmeron.

—¿Y adónde nos veremos?

—¿Vuestra casa?

—En la calle de San Hipólito, en la casa del negro Teodoro.

—La conozco.

—Muy bien; un papel, un recado vuestro, y ocurriré adonde me digais.

—Pero ante todo, secreto.

—Secreto.

—Si la suerte hace caer en nuestras manos á Don Leonel de Salazar, yo dispondré de su suerte.

—A sola condicion de que yo disponga de la de Don Alonso de Rivera si llega á estar en nuestro poder.

—Convenido.

—¿Y cuándo esperais conseguir vuestro objeto?

—La vieja, espero que será mañana, y ella dirá en dónde ocurro por la doncella.

—Entonces, adios, y buena fortuna.

—Adios, y buena memoria.

Y aquellos dos hombres como dos sombras, se separaron para ir cada uno á su destino.

Don César volvió á la casa de Teodoro.

Y Don Baltasar á la suya, pensando y saboreando la idea de que ya tenia un modo de hacerse de dinero, vengándose en la familia de Salazar y destruyendo los planes de Don Leonel.

Aquella misma noche disponian sus planes para el siguiente dia Martin y Teodoro, que no habian quedado satisfechos ni con sus pesquisas del dia ni con las promesas de Don César de Villaclara.

Don César, por su parte, los escuchaba con la mayor indiferencia; para él su mision sobre la tierra estaba terminada; no habia sabido amar y tampoco sabia vengarse: solo Don Alonso podia ya sufrir el castigo en cuanto al negocio de Doña Esperanza; auxiliaba á Martin y á Teodoro porque ellos se lo habian pedido y por tener algo en qué ocupar su corazon vacío.

para su virtud, abismo tanto mas peligroso cuanto que solo es poderosa para separarlas de él la misma mano por quien se creian impulsadas: en este caso la virtud de la mujer depende únicamente del hombre por cuyo amor han cometido aquel acto de locura.

Despues de comer algo, Doña Esperanza sintió la necesidad de dormir; se recostó en una cama y quedó sumergida en un profundo sueño.

Cuando la vieja la vió dormida, salió del aposento procurando no hacer ruido; cerró con llave la puerta por la parte de afuera, y se dirigió á la estancia en que se reunian á esas horas Don Alonso y Doña Catalina.

—Curiosa me habeis tenido en todo el dia, madre—dijo Doña Catalina al verla llegar.—¿Qué tal?

—Cuando os prometí—contestó la vieja—que yo lo arreglaria todo, era porque me creia capaz de cumplir lo que ofrecí.

—¿Y está arreglado?—preguntó Don Alonso.

—Perfectamente; Doña Esperanza está dispuesta á ser la esposa de Don Alonso de Rivera.

—Por muchos años—dijo Catalina sonriendo y haciendo una caravana á Don Alonso.

—¿Y para cuándo?—preguntó Rivera.

—Prisa os corre—contestó Catalina.

—Es que en eso—agregó Rivera—se interesan nuestros mutuos intereses.

—Eso dependerá de mi hija—dijo la vieja.

—¿De mí?

—Sí, con tal que me sigas ayudando como hasta ahora.

—Contad con ello.

—En ese caso, Don Alonso, disponed las bodas para mañana en la noche.

XXIX.

Cómo se casó Doña Esperanza de Carbajal con Don Alonso de Rivera.

LA vieja Doña Catalina habia llevado á Esperanza á la casa de su hija con tanto misterio, que ni los criados supieron quién ella era, ni ella misma comprendió la casa en que estaba.

Una habitacion completamente aislada le habia sido preparada, y nadie, sino la misma vieja Doña Catalina, la cuidaba y la veia.

A su llegada allí, Doña Esperanza fué conducida por la vieja á una estancia en donde estaba preparada una magnífica cena; la vieja se sentó é invitó á sentarse á la jóven.

Doña Esperanza estaba débil y tenia hambre, y despues de su resolucion, su alma estaba triste pero tranquila: Don Leonel la habia engañado, habia burlado su amor; ella queria casarse, porque creia inocentemente que esto era una venganza y que el dolor habia de ser terrible para Don Leonel.

¡Pobres de las mujeres que se casan por despecho! ellas sufren el dolor y ellas se ponen en el borde de un abismo

—¡Tan pronto! si apenas habrá tiempo.
—Pues mirad cómo teneis que componeros, porque si se pierde la coyuntura, no respondo.

—Lo procuraré.

—No, lo hareis, que os sobra dinero, y con él no hay dificultad ninguna en el mundo.

—¿Y qué tenemos que hacer?—preguntó Catalina.

—En primer lugar, disponer todo para el casamiento, incluso el vestido de la novia y sus arras, para mañana mismo; el sacerdote, las dispensas, todo, todo; preparando el oratorio al cura para la ceremonia, de manera que cuando yo os llame, ya no sea cosa sino de recibir la bendición.

—Eso Don Alonso; ¿y yo?

—Pues tú, mira: ¿á qué hora llega mañana Don Leonel aquí?

—Supongo que á las once.

—Escúchame bien: ante todo dispones que entre á esta misma estancia; luego harás que ningun criado esté por las habitaciones interiores; ¿comprendes?

—Sí.

—El objeto es el que yo pueda traer, sin que la vea nadie, á esa jóven, hasta ponerla tras esa cortina, para que vea y diga por sí misma lo que no quisiera.

—Entiendo, entiendo.

—Tú sabrás lo que le haces decir al primo; procura solo no olvidar que yo y ella os estamos mirando.

—No temais—dijo sonriéndose Catalina.

—Este será el golpe de gracia.

—¿Pero si ella pretende entrar, ó da un grito ó algo?

—No entrará, que yo cuidaré de sujetarla si gritare, la retiraré á tiempo, y tú dirás á Don Leonel que es la esclava

va loca á quien pretendian hacer pasar por mujer de Don Pedro de Mejía.

—Muy bien pensado.

—Cuando yo decia—exclamó Don Alonso—que la señora es una alhaja!

—Ahora me voy con mi prisionera, y no saldré de allí hasta que todo esté dispuesto; cuando Don Leonel llegue envíame á avisar con el mismo Don Alonso; que me dé cuatro golpes en la puerta, y será la señal de que todo está dispuesto y de que puedo traer á mi paloma.

—Sí, señora.

—Buena noche y no olvidar nada.

—No, señora.

—¿Creeis—dijo Catalina á Don Alonso cuando se retiró la vieja—que á pesar de que no tengo con vos relaciones de amor, solo y quizá porque las tuve, siento una especie de celos, al ver que se acerca vuestro matrimonio con una mujer hermosa?

—Os lo creo—contestó Don Alonso—porque cuando os unisteis á Don Pedro, á pesar de que fuí yo quien preparó é inventó aquel matrimonio, sentí unos celos horribles, y es que nunca nos parece mas bella y mas seductora una mujer que cuando va á pertenecer á otro.

—Lo que es yo, me siento muy mal con este casamiento.

—No se hará, si así os place.

—¡Qué locura! despues de tanto trabajar, no casaros; pero tenga yo la seguridad de que sois siempre el mismo para mí.

—¿Podeis dudarle?—dijo Don Alonso estrechando en sus brazos á Catalina, y atrayéndola hasta darla un beso.

—No lo dudo; pero vos que habeis sentido esto, supondreis lo que siento, y á fe que me avergüenzo; esto casi me parece ridículo.

—Catalina, no solo he sentido esos celos, sino que los siento aún: ¿creeis que no siento hervir mi sangre cuando veo llegar al Don Leonel y tengo que dejaros á solas con él?

—Ahora me toca deciros: le despediremos si gustais.

—Y yo os responderé: ¡qué locura! tengo yo la seguridad de que sois para mí siempre la misma.

—Parecemos unos niños.

—Cierto; pero es fuerza dejar algo al corazon; que caigan esos dos pichones, y ya despues veremos lo que con ellos se hace.

—Mañana es el dia decisivo.

—Mañana, hermosa mia; y si me dais permiso, me retiro, que tengo mucho que trabajar para arreglar esta boda, ó quizá estas dos bodas.

—Como gustéis.

—¿A qué hora esperais á Don Leonel?

—A las diez, y ya sabeis que mi madre os necesita.

—No faltaré, y lo que es mas, á esa hora estará arreglado ya todo lo de la parroquia, y el cura, etc., etc.

—Es preciso.

—Adios, alma mia, y espero que sereis conmigo siempre como siempre.

—Como vos conmigo.

Sonó un beso, y los dos antiguos amantes se separaron; no mas que Don Alonso bajó la escalera riéndose y Catalina se entró riéndose á su aposento.

Ambos se reian de sí mismos.

Al lado de Esperanza durmió aquella noche Doña Catalina, la vieja.

Doña Esperanza despertó temprano, como todo el que tiene grandes pesares: parece que el sueño se retira mas pronto cuando menos deseos se tienen de volver á la realidad.

Doña Catalina hizo servir el almuerzo á la jóven en el mismo aposento.

Serian las once de la mañana, cuando se escucharon en la puerta los cuatro golpes que la vieja esperaba.

—¿Qué es eso?—preguntó la jóven.

—Señora—contestó la vieja—aunque teneis dada vuestra palabra de casaros con Don Alonso, os he prometido yo que veriais á Don Leonel á los piés de la mujer á quien ama ahora; así, ni el mas ligero escrúpulo podrá quedaros.

Doña Esperanza se puso densamente pálida y vaciló en contestar.

—Venid, venid; armaos de valor, contened un momento la fuerza de vuestro espíritu; quizá de este momento depende vuestro porvenir: vale mas el desengaño mas cruel que la duda.

La jóven meditaba en silencio lo que debia hacer; temia encontrar la realidad, pero temblaba ante la idea de proceder con ligereza.

—¿A qué os decidís?—preguntó la vieja.

—Vamos—exclamó Doña Esperanza haciendo un esfuerzo.

—Bien, seguidme; pero os suplico que no hagais el menor ruido, que no hableis, que ni una exclamacion salga de vuestra boca, sea lo que fuere lo que vais á ver y á escuchar, porque seria yo perdida, y vos hariais un papel ridiculo delante de Don Leonel y de su amada.

—Callaré, tened confianza.

La vieja abrió la puerta, y salió seguida de Doña Esperanza, que apenas podia caminar, presa de la mas terrible emocion.

Atravesaron así algunas habitaciones enteramente solas, sin ver á nadie y sin que nadie las viera; al entrar á una

estancia que estaba casi oscura, la vieja se volvió á Esperanza y le dijo:

—Ya estamos en la pieza contigua á la que ocupan los amantes; por Dios, silencio, y dadme vuestra mano, porque aquí está oscuro.

Doña Esperanza tendió la mano y entró á la estancia.

—Allí se percibían ya las voces de Don Leonel y de Catalina que hablaban en voz alta. Esperanza sintió que las fuerzas le faltaban, y tuvo que detenerse, apoyándose en el hombro de la vieja.

—Animo, señora—le dijo esta—ánimo.

—Le tendré—contestó Esperanza.

Y poco á poco, conteniendo aún el aliento, llegaron hasta la gran cortina de seda que cerraba una de las puertas.

Allí se percibía distintamente la conversacion.

—Aquí podeis oír y ver—dijo tan bajo Doña Catalina á la jóven, que ella casi lo adivinó:—acercaos—agregó atrayéndola.

Y Doña Esperanza vacilante, llegó hasta aquella cortina que la separaba del desengaño.

Temblando levantó la jóven uno de los pliegues de la cortina, y estuvo á punto de lanzar un grito de dolor y de sorpresa.

Doña Catalina, radiante de belleza y de placer, soberbiamente ataviada, escuchaba sentada en un gran sitial de ébano, tapizado de seda, las dulces y tiernas palabras que le dirigia Don Leonel, sentado á sus piés en un taburete.

Leonel tenia entre sus manos una de las de Doña Catalina, y la estrechaba contra su pecho, ó la cubria de besos.

Doña Esperanza, haciendo un esfuerzo supremo, se reprimió y procuró escuchar con tranquilidad.

—Don Leonel—decia Catalina—por mas que lisonjee mi orgullo y por mas que quisiera con toda mi alma, no puedo creer en vuestra pasion, en una pasion nacida casi casi de repente.

—Señora, no me desespereis—contestó el jóven;—os amo, y jamás he mentido: ¿de repente decís que ha nacido esta pasion? ¿Y esto qué tiene de imposible? ¿no nace de repente el rayo en las nubes, y es por eso menos ardiente y menos terrible que si hubiera tardado un siglo en formarse? Catalina, decid que no me amais, que no quereis amarme, pero no que yo no os amo, ó que vos no lo creeis.

Doña Esperanza, tras de la cortina, se mecía agitada por la violencia de sus emociones, como una encina por un huracan; la vieja la contenia de una mano.

Doña Catalina, que adivinaba ya lo que estaba sucediendo, vió moverse la cortina y comprendió que era el momento de dar el golpe de gracia.

—Oidme, Leonel—dijo con dulzura;—¡cuán feliz seria yo creyendo en vuestro amor! pero es imposible. Si vos no hubiéseis amado nunca, si vos al menos no hubiérais tenido sino impresiones pasajeras en el mundo, quizá me haria yo la ilusion de que os habia causado una pasion violenta y terrible; pero vos habeis amado mucho, habeis amado desde vuestra niñez á Doña Esperanza, vuestra prima, y no es posible que esa imágen se haya borrado de vuestro corazon.

Doña Esperanza estrechó terriblemente la mano de la vieja, y escuchó.

—Doña Catalina—contestó Leonel—amé á mi prima cuando era jóven, cuando no sabia lo que era una verdadera pasion; la amé como ella me amó á mí, porque habiamos llegado á esa edad en que el corazon necesita del amor, y

ama lo que tiene delante, porque vivíamos casi juntos; pero aquel fué verdaderamente un sueño, un sueño del que despertando, me encuentro con la realidad, mas hermosa que ese sueño, que esé sueño que no fué sino un presagio de lo que me esperaba sobre la tierra.

—¿Y es verdad?

—Os lo juro.

—¿Y no debo inquietarme por el recuerdo de Esperanza?

—Como yo por el de Don Pedro de Mejía.

Doña Catalina pasó su mano por la cabeza de Don Leonel, y este la atrajo suavemente; el ruido del beso de los amantes impidió á Don Leonel oír un gemido que salió de detrás de la cortina.

XXX.

En el que termina el que trata del casamiento de Doña Esperanza.

Doña Esperanza no pudo resistir mas y cayó desmayada en los brazos de la vieja, que la retiró violentamente del lugar en que estaban.

Quando volvió en sí, se encontró en otra estancia y sentada en un gran sitial, con una ventana abierta enfrente, y la vieja Doña Catalina haciéndole aire con un gran abanico chino.

—Ay, Dios mio!—exclamó la jóven sin comprender aún lo que sucedia.

—¿Qué tal, hija mia?—dijo la vieja—¿pasó ya el mal? ¿os sentís mejor?

—¿En dónde estoy? ¿qué me ha sucedido? ¿era un sueño?

—No, señora; afortunadamente no era sueño, y digo afortunadamente, porque ya vos comprendereis el peligro de que os habeis salvado. Ese Don Leonel...

—No me habéis de él, señora; ese hombre no merece que yo le haya elevado hasta mi corazón.

—En efecto; su comportamiento ha sido muy malo, que no hay necesidad para enamorar á una dama, de decirle que otra.....

—Sí, teneis razon, podia haber amado á esa señora sin hablar nada de mí; bastaria con decir que ya no me amaba.....

—De modo que estais convencida.

—Lo estoy, lo estoy mas de lo que quisiera.

—En ese caso, no tendreis ya dificultad en dar vuestra mano á Don Alonso de Rivera, como me lo habiais ofrecido.

—Pero, señora, si no le conozco bien siquiera.

—Recordad vuestra promesa; aun estais en su poder, y todavía en buen camino para ser la querida de Guzman; tanto mas fácilmente, cuanto que ni la esperanza mas remota teneis del amparo que pudiera prestaros Don Leonel, vuestro antiguo amante.....

—Señora, os he suplicado que no me habéis de ese hombre; estoy dispuesta á casarme, pero que sea ahora, ahora mismo, en este momento, y antes de que otra cosa suceda, porque yo no sé si podré mantenerme en esta resolucion pasados estos momentos, para mí supremos.

—Se hará así como decís, ahora mismo; venid, venid.

Y la vieja, casi arrastrando, llevó á Doña Esperanza hasta su habitación.

Llamó entonces á los criados, y dijo á uno de ellos:

—Avisad al señor Don Alonso que la novia está dispuesta; que si por su parte no hay inconveniente.

—Y Doña Esperanza, sin voluntad, sin resistencia, co-

mo presa de un sueño, fué sentada en un sitial, y rodeada de camaristas que la peinaban y la ataviaban, sin que ella dijera ni una sola palabra.

La vieja dirigia aquella operacion, y sin saber de dónde, Esperanza vió salir un trage de novia y un velo, y la corona de azucenas; y todo se le puso, y se encontró con el vestido de la desposada y llena de alhajas.

—Señora,—dijo una camarista entrando—el señor Don Alonso y los padrinos esperan á la novia en el oratorio.

—Vamos—contestó la vieja, echando sobre sus hombros un manton y tomando de la mano á Doña Esperanza.

La jóven la seguia como un autómeta; tantas y tan terribles sensaciones habian como paralizado su razon; la habian vuelto indiferente á todo.

Elegaron al oratorio; el sacerdote revestido ya les esperaba, y Don Alonso acompañado de dos caballeros, salió á recibir á Esperanza y le ofreció su mano para llevarla al altar.

Don Alonso se puso al lado de la jóven, y un caballero y la vieja Doña Catalina sirvieron de padrinos del matrimonio.

Esperanza pronunció el «sí» de su consentimiento, casi con terror.

Terminó la ceremonia, y como era aún hora á propósito y Don Alonso queria no dejar pendiente requisito alguno, determinó que siguiera la de la velacion, y se arrodilló ante el altar al lado de la nueva esposa.....

La visita de Don Leonel se habia prolongado; las horas vuelan para los enamorados, y siempre creen que se separan demasiado pronto.

—Don Leonel—decia Catalina—¿seríais capaz de casaros conmigo?

—Por supuesto, ángel mio; sería para mí la mayor felicidad vivir siempre á vuestro lado, adorándoos, llamándoos mia, mia para siempre.

—Debe ser tan bello casarse con una persona amada, debe ser tan grato ser del que se adora!

—Pero vos habeis sido casada.

—Pero no por amor. En este momento creo que hay en esta casa un matrimonio.

—¿De quién?

—Se enlaza Don Alonso de Rivera.

—¿Y con quién?

—Es un misterio para mí, porque me prometió revelármelo hasta el momento mismo de la ceremonia.

—¿Y no habeis ido siquiera por curiosidad?

—¡Ingrato! ¿podíais creer que perdiera un solo momento de vuestra compañía por algo en el mundo?

—Gracias, gracias; me haceis muy feliz.

—Esa es una historia muy curiosa: figuraos que la dama huyó de su casa con Don Alonso, y que él la ha tenido aquí hasta que arregló la boda.

—¿Y no conoceis ni de cara á la dama?

—No.

—Es curioso.

—Deben estar en este momento en el oratorio; ¿quereis ir á ver?

—No; tal vez se incomodaria Don Alonso porque descubriríais su secreto.

—Ya no es secreto; ¿no os digo que él no queria que se supiera nada hasta la hora de la ceremonia, seguramente porque temia que la jóven tuviera parientes ó novio?

—Pues bonito papel hará el novio.

—Divertido: ¿conque vamos?

—Curiosita.

—Por vos lo hago.

—Pues vamos; dejadme tomar mi sombrero.

Doña Catalina guiaba y Leonel la seguia, aprovechándose de que no encontraban á nadie, para llevarla de la mano.

Entraron al oratorio; la misa estaba ya terminando, y no podian ver á los novios sino por detrás.

Acabó la ceremonia, y todos se agruparon en derredor de los recién casados.

—Vamos á verlos—dijo Catalina.

—No, mejor esperaremos en la puerta que salgan—contestó Leonel.

Y salieron al corredor á esperar á los novios.

Poco despues, á pesar de que Don Leonel estaba como encantado mirando á Catalina, oyó el ruido de la comitiva que se aproximaba. Volvió el rostro; los nuevos casados venian por delante, y Leonel reconoció á Esperanza en el momento en que ella los reconocia á él y á Doña Catalina.

Leonel lanzó un grito y se precipitó á su encuentro.

—¡Esperanza! ¿qué es esto? ¿qué es esto? ¿sueño?

—Caballero—contestó Doña Esperanza con una frialdad y una altivez que helaron la sangre de Don Leonel en sus venas—apartaos, que no os conozco, ni sé con qué derecho me deteneis.

—¡Esperanza! ¡Esperanza!—gritó como loco Leonel.